



## EL MISTERIO DE LA IGLESIA EN LA TRILOGÍA TRINITARIA DE JUAN PABLO II

JOSÉ R. VILLAR

«Es necesario, venerables hermanos y amados hijos del orbe católico, que tomemos de nuevo en las manos la 'magna carta' del Concilio, es decir, la Constitución dogmática *Lumen gentium* para que meditemos con renovado afán y entusiasmo sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, sobre su modo de existir y actuar; y esto habrá que hacerlo no sólo para lograr aquella unión de vida en Cristo de todos los que en él creen y esperan, sino también para contribuir a hacer más profunda y estrecha la unidad de toda la familia humana»<sup>1</sup>.

Meditar «sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, sobre su modo de existir y actuar», es un propósito expresado en estas palabras programáticas de Juan Pablo II que ha sido abundantemente desarrollado a lo largo de la primera década de su pontificado. El Papa se ha referido a la naturaleza y misión de la Iglesia en numerosas ocasiones, exponiendo las riquezas contenidas en los documentos del Concilio Vaticano II, para ofrecerlas de nuevo a la consideración del Pueblo de Dios y urgir su recepción operativa en la vida de la Iglesia que se encamina a un nuevo milenio de su historia.

Ya en el documento inaugural de su pontificado, la Encíclica *Redemptor hominis*, Juan Pablo II reconoce la acción del Espíritu Santo en esa toma de conciencia más profunda que la Iglesia tiene

---

1. JUAN PABLO II, *Mensaje a la Iglesia y al mundo*, 17.X.1978.

de su misterio y de su misión<sup>2</sup>. Y siguiendo esa dirección suscitada por el Paráclito, el Papa subraya repetidamente una realidad central para comprender dicho misterio: la Iglesia es «sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»<sup>3</sup>.

Estas palabras de la Constitución dogmática *Lumen gentium* son uno de los lugares habituales de reflexión para Juan Pablo II, lo cual indica, en primer término, que sus consideraciones en torno a la Iglesia y al misterio trinitario están realizadas desde la unidad indisoluble entre naturaleza y misión de la Iglesia. Ella hace presente el misterio de la comunión en Dios y, por medio de su naturaleza y misión sacramentales, hace posible la comunión de los hombres con Dios y entre sí.

La enseñanza eclesiológica de Juan Pablo II, en consecuencia, apunta continuamente a desvelar ante la mirada de los fieles la «condescendencia» trinitaria que en la Iglesia —también en la nuestra, en el umbral del siglo XXI— se realiza sin cesar. Y, desde esta profunda percepción del misterio de fe, llevar adelante la misión de la Iglesia en una época compleja y, a la vez, esperanzadora. De esta manera, el Papa desea para cada miembro del Pueblo de Dios una «conciencia de Iglesia» que ilumine los caminos por los que el mensaje de Cristo debe alcanzar al mundo en el tercer milenio<sup>4</sup>.

Con esta finalidad, Juan Pablo II —en continuidad con el magisterio del Vaticano II— entiende que una adecuada comprensión de la Iglesia —y particularmente de su misión— sólo es posible desde el misterio trinitario, el misterio fundamental del Nuevo Testamento.

---

2. Cfr. RH, 3.

3. Const. dogm. *Lumen gentium*, 1.

4. En el contexto de la Iglesia en Italia decía Juan Pablo II: «Si es lícito presagiar un resultado de esta asamblea, quedaría bien indicado en una renovada conciencia de Iglesia (...). Con esta renovada conciencia eclesiológica será posible disponerse a la nada fácil tarea de la búsqueda de los caminos más adaptados para llevar el mensaje de Cristo al hombre de hoy» (*Discurso a la Asamblea católica italiana en Loreto*, 11.VI.1985). Entendemos que estas palabras poseen una intencionalidad universal, superior al ámbito concreto donde se prenunciaban.



En estas breves páginas haremos referencia, primordialmente, a sus tres Encíclicas trinitarias. Con todo, el magisterio eclesiológico del Papa forma una unidad cuyos rasgos sobresalientes emergen a lo largo de todos sus escritos en estos años de pontificado. Esto confirma la coherente intencionalidad del magisterio papal, y justifica que examinemos también otros textos de su enseñanza ordinaria.

### 1. *El misterio de la Iglesia, comunión en la vida trinitaria*

Para Juan Pablo II el misterio de la Iglesia no es explicable sino a la luz de la Trinidad. La Iglesia, en su esencia profunda, es un misterio de comunión interpersonal: comunión con las tres Personas divinas, hecha posible por el Espíritu Santo que inserta vitalmente en Jesucristo al renacido en el Bautismo, y comunión de los bautizados entre sí, como hijos del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo. Así se expresaba el Papa contemplando el «misterio» de la Iglesia: «La Iglesia es esencialmente un misterio de comunión: diría que es una invitación a la comunión, a la vida en la comunión, digamos, vertical y, en la comunión horizontal; en la comunión con Dios mismo, con Cristo, y en la comunión con los otros. Es la comunión que explica una plena realización entre persona y persona. La Iglesia es esencialmente un misterio de comunión: comunión íntima y siempre renovada con la fuente misma de la vida, que es la Santísima Trinidad; comunión de vida, de amor, de imitación, de seguimiento de Cristo, Redentor del hombre, que nos inserta estrechamente en Dios, de quien brota la operante auténtica comunión de amor entre nosotros, en virtud de nuestra asimilación ontológica con El»<sup>5</sup>.

Del misterio de la Santísima Trinidad brota, en consecuencia, el ser mismo de la Iglesia: del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y de la comunión del Espíritu Santo. La Iglesia es el ámbito de la donación histórica de la Vida trinitaria. Es la comunión trini-

---

5. *Discurso* a los jóvenes pertenecientes al Movimiento «Comunión y Liberación», 31.III.1979.

taria reflejándose en la tierra en una «comunidad creada»: «Escuchando las lecturas de la liturgia de hoy *llegamos* de nuevo al *misterio de la Iglesia*, que el Concilio proclamó en el primer capítulo de la constitución *Lumen gentium*, primero no sólo en el orden cronológico sino sobre todo en importancia. En efecto, en este eterno misterio está contenido *el origen del ser mismo de la Iglesia*. Esta no existiría sin el eterno 'amor del Padre', sin la 'gracia de nuestro Señor Jesucristo', sin 'la comunión del Espíritu Santo'. Sin la comunión divina, trinitaria, no existiría aquí, en la tierra, la comunión creada, humana, que es la Iglesia. Esta comunión de la que el Concilio habla en muchos lugares»<sup>6</sup>.

El misterio de la Iglesia, posee dimensiones cuya comprensión —recuerda Juan Pablo II— supera la capacidad de la razón humana. De ahí que la Sagrada Escritura emplee para describirlo ciertas imágenes que revelan caracteres reales del misterio de la Iglesia, sin agotarlo<sup>7</sup>: la Iglesia es «un campo» cultivado y fecundado por Dios mismo; es «templo de Dios» donde habita el Espíritu Santo; es la «Esposa de Cristo», objeto del solícito cuidado de su Señor, santificada por la entrega de Cristo; es «Cuerpo de Cristo»; es Cristo mismo; es nuestra Madre...

Pero ante todo, como ya se ha dicho, la realidad de la Iglesia consiste en ser un misterio de comunión: comunión con las tres Personas de la Santísima Trinidad y de todos sus miembros entre sí como Cuerpo de Cristo. La dinámica de esta comunión estriba en la relación personal de conocimiento y amor, iniciada y fundada en la fe bautismal y alimentada en los demás sacramentos, especialmente la Eucaristía: «*La Iglesia es verdaderamente un misterio*, una realidad humana y divina que merece nuestro estudio y contemplación, que incluso supera lo que la mente humana puede contener. Un cierto número de símbolos nos ayudan a penetrar y a apreciar este misterio de la naturaleza íntima de la Iglesia. (...) La Iglesia es esencialmente *un misterio de comunión*. Es un signo o sacramento de aquella unidad en Cristo de que San Pablo habla (...). La comu-

6. *Hom.* en la concelebración eucarística de clausura de la II Asamblea General del Sínodo Extraordinario de los Obispos, 8.XII.1985, n. 5.

7. *Hom.* en la Misa celebrada en Brisbane (Australia), 25.XI.1986.



nión de que gozamos en la Iglesia es al mismo tiempo *vertical* y *horizontal*: es comunión con las tres Personas de la Santísima Trinidad y de unos con otros en el Cuerpo de Cristo. Estar en comunión implica una profunda *relación* personal de *conocimiento* y *amor* (...). El sacramento del *bautismo* (es) el *fundamento de la comunión* en la Iglesia. En el bautismo renacemos como hijos del Padre; somos hechos amigos íntimos de Cristo y recibimos el don del Espíritu Santo. Esta comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se desarrolla y se renueva en la celebración de la *Eucaristía*, la fuente y la culminación de la vida cristiana. Los otros sacramentos también ahondan esta comunión. En particular, el sacramento de la penitencia la nutre, la fortalece y restablece la unión con Dios cuando ha sido rota por el pecado»<sup>8</sup>.

Así pues, la comunión con Dios Uno y Trino, en su realización histórica, viene mediada sacramentalmente por la Iglesia, cuya naturaleza íntima es así mismo sacramental. Diríamos que en este punto se centra gran parte de la enseñanza eclesiológica del Romano Pontífice.

## 2. *La Iglesia, sacramento de la comunión divina*

Es digna de atención la enseñanza de Juan Pablo II sobre la Iglesia como continuadora de las misiones trinitarias. La Iglesia es «enviada» precisamente en cuanto «sacramento visible» de la acción trinitaria. La Iglesia se halla en permanente «estado de misión» porque se funda en el designio trinitario de Dios, surge del envío del Hijo y del Espíritu Santo a la Humanidad. La Iglesia es «sacramento» de Cristo, presencia activa del Salvador a través de la actividad de su Espíritu. En ella todos los cristianos son llamados, «convocados» en el bautismo a integrarse en el ser y misión de Jesucristo y a constituir así su signo visible y eficaz en la historia. Desde la categoría de «vocación» se iluminan, pues, el ser y la misión del cristiano con referencia a Cristo. «El Concilio ha renovado la conciencia de la vocación cristiana. Esta se forma mediante la participa-

---

8. *Ibidem*.

ción en la misión mesiánica del Hijo del Hombre. La Iglesia es, de generación en generación, la heredera de esta misión, que tiene *su fuente en el misterio trinitario de Dios mismo*. Por eso la Iglesia está constantemente en estado de misión ('in statu missionis'). Y cada cristiano permanece en la comunidad del Pueblo de Dios mediante la participación en la misión de Cristo, Hijo de Dios. Elevado a la dignidad de hijo por la adopción divina en Cristo, él participa en su triple 'munus': sacerdotal, profético y real»<sup>9</sup>.

La vocación cristiana aparece en las palabras del Papa con toda su grandeza y responsabilidad. En la Iglesia, diríamos, no se da una mera pertenencia social, sin otro origen que la autónoma decisión humana. Tampoco la misión de la Iglesia es fruto del acuerdo de los hombres. Por el contrario, tanto una como otra surgen como respuesta a la llamada de Cristo para participar en su ser y en su misión redentora. Se trata de la comunidad ontológica de los llamados con Cristo<sup>10</sup>.

Pero hay un elemento más. Al ser la Iglesia «como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»<sup>11</sup>, entonces es ella quien hace visible y realiza dicha comunión: «Nuestra unidad no es solamente ni sobre todo unidad exterior, como la de un cuerpo social con sus estructuras de organización. Es un misterio, como ha subrayado el Concilio Vaticano II al comienzo de la Constitución *Lumen gentium* (n. 4). Formamos 'un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo' (...). Pero esta gracia de Cristo os ha llegado y sigue siéndoos dada sin cesar a través de la *Iglesia visible*, que es el 'Cuerpo' de Cristo, el 'sacramento' de Cristo, el signo que hace visible y realiza la comunión»<sup>12</sup>.

De este modo, la Iglesia, esta Iglesia concreta e histórica que anuda el ayer y el presente, y tiende a su consumación futura, es servidora de la obra de la salvación, en dependencia y continuidad

---

9. *Hom.* en la concelebración eucarística de inauguración de la II Asamblea General del Sínodo Extraordinario de los Obispos, 24.XI.1985, n. 7.

10. Cfr. RH, 21.

11. *Lumen gentium*, 1.

12. *Hom.* en Abidján, Costa de Marfil, 10.V.1980. Cfr. también RH, 18.

con la obra redentora de Jesucristo. Este es su «carácter ministerial», que constituye algo más que un rasgo accidental o secundario de su estatuto como Iglesia en la tierra. Así lo expone Juan Pablo II, en el contexto de la reconciliación con Jesucristo mediada por la Iglesia: «La reconciliación, este inmenso flujo de gracia y de perdón que desciende a nosotros del Corazón de Cristo, *passa a través de la Iglesia*. De ella ha dicho el Concilio Vaticano II con palabras emblemáticas: 'La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano' (*Lumen gentium*, 1). El *carácter ministerial de la Iglesia en la obra de la salvación*, en dependencia y continuidad con la obra de Cristo Siervo y Señor (cfr. Jn 13, 12-17), es un dato que la tradición ha puesto siempre muy de relieve. El Concilio se ha hecho eco fiel de ello. Por esto, es necesario que cada cristiano se esfuerce por vivir su compromiso en servicio del Evangelio *en plena sintonía con la Iglesia*»<sup>13</sup>.

La Encíclica *Redemptor hominis* ofrece justamente las reflexiones del Pontífice sobre la continuidad de la obra redentora de Jesucristo en y a través de la Iglesia. Por la Redención la Iglesia es comunidad de gracia y de salvación: «La Iglesia no cesa jamás de revivir su muerte (de Cristo) en cruz y su resurrección, que constituyen el contenido de la vida cotidiana de la Iglesia. (...) La Iglesia permanece en la esfera del misterio de la Redención que ha llegado a ser precisamente el principio fundamental de su vida y de su misión»<sup>14</sup>. La Iglesia se alimenta del misterio de la Redención, vive de la fuerza de la obra de Cristo<sup>15</sup>. Por ello, Cristo es el camino principal de la Iglesia<sup>16</sup>.

Cuando en la misma Encíclica el Papa se pregunta hacia dónde ha de encaminarse la Iglesia al final del segundo milenio, la respuesta es clara: hacia Cristo, Redentor del hombre, Redentor del mundo<sup>17</sup>. También la función sacramental de la Iglesia es conducir

13. *Discurso* a la Asamblea católica italiana, en Loreto, 11.IV.1985. La Iglesia no tiene otra vida que la que le da su Esposo y Señor, cfr. RH, 18 y 22.

14. RH, 7.

15. Cfr. *Hom.* en la concelebración eucarística de la II Asamblea General del Sínodo Extraordinario de los Obispos, 8.XII.1985, n. 6.

16. Cfr. RH, 13.

17. Cfr. *ibidem*, 7.

el hombre a Cristo como medio universal de salvación, signo eficaz de Cristo redentor. «La Iglesia que no cesa de contemplar el conjunto del misterio de Cristo, sabe con toda la certeza de la fe que la Redención llevada a cabo por medio de la Cruz, ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia en el mundo, sentido que había perdido en gran medida a causa del pecado (...). El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención que se realiza en Cristo Jesús»<sup>18</sup>.

La Iglesia inmersa, pues, en el misterio de la Redención, actualiza la salvación realizada por Cristo a través de su fidelidad a la Palabra y administrando su fuerza salvífica sacramental. En los sacramentos se expresa la realidad viva de la Redención, con ellos la Iglesia es «Iglesia en estado de misión»<sup>19</sup>, y toda su actividad es continuación de la obra redentora: «La finalidad de cualquier servicio en la Iglesia, bien sea apostólico, pastoral, sacerdotal o episcopal, es la de mantener este vínculo dinámico del misterio de la Redención con todo hombre»<sup>20</sup>.

De este modo el Pontífice ve a la Iglesia capacitada realmente para servir al hombre, siendo signo e instrumento de la comunión trinitaria en la tierra: «la Iglesia es consciente —quizás más que nunca— de que puede realizar *este ministerio solamente en la medida en que es*, en Cristo, *sacramento* de la unión íntima con Dios y, por ello, es también sacramento de la unidad de todo el género humano»<sup>21</sup>.

Las consecuencias de su realidad «sacramental» son numerosas. Juan Pablo II describe algunas de ellas. La Iglesia, participando del triple oficio de Cristo es capaz de transmitir a los hombres la

18. RH, 10.

19. Cfr. *ibidem*, 20.

20. RH, 22.

21. *Hom.* en la concelebración eucarística de clausura de la II Asamblea General del Sínodo Extraordinario de los Obispos, 8.XII.1985, n. 8.



conciencia de la adopción divina y su destinación a la gracia y a la gloria<sup>22</sup>. Con su acción revela Cristo al mundo<sup>23</sup>, permite que todo hombre pueda encontrar a Cristo<sup>24</sup>. La Iglesia, que conoce en Cristo al Padre, y su amor a los hombres<sup>25</sup>, da testimonio de la misericordia de Dios, la profesa y la proclama<sup>26</sup>: su razón de ser es revelar al Padre en Cristo<sup>27</sup>.

Consciente de su condición de ser sacramento de Cristo, la Iglesia se autoconoce, en su unidad con El, como «primicia del mundo reconciliado», expresión que el Papa toma de San Agustín: «¿Cómo podría la comunidad cristiana ser 'signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano' (*Lumen gentium*, 1), si no viviese en Cristo esta indisoluble unidad, ante todo, en su mismo interior, de manera que sea Iglesia reconciliada y, más aún, primicia del 'mundo reconciliado'?»<sup>28</sup>.

La Iglesia reconoce en todo hombre su camino, porque Cristo se ha unido a todo hombre por la Encarnación. Es Cristo el único camino de la Iglesia, pero ha de recorrerlo junto al hombre redimido, cuyo destino está indisolublemente unido a Cristo<sup>29</sup>. La Iglesia le orienta hacia Cristo, recordándole el amor del Padre<sup>30</sup>.

La Iglesia, en fin, está unida en torno al misterio trinitario, realiza la misión —continuación de las misiones divinas— de posibilitar que los hombres accedan al Don de la redención: Cristo unido al Padre y con todo hombre, nos comunica en la Iglesia el Espíritu Santo, que infunde en nosotros la vida del Redentor y nos orienta al Padre. La Iglesia se sabe instrumento de la adopción divina del hombre en Cristo por la gracia del Espíritu Santo<sup>31</sup>.

---

22. Cfr. RH, 18.

23. Cfr. *ibidem*, 11.

24. Cfr. *ibidem*, 13.

25. Cfr. DM, 2.

26. Cfr. *ibidem*, 13-15.

27. Cfr. *ibidem*, 15.

28. *Discurso a la Asamblea católica italiana*, en Loreto, 11.IV.1985; cfr. S. AGUSTÍN, *Sermo* 96, 8.

29. Cfr. RH, 13-14.

30. Cfr. DM, 1.

31. Cfr. RH, 18.

### 3. *El Espíritu Santo en el misterio de la Iglesia*

«Mas lo que el Señor ha predicado una vez o lo que en El se ha obrado para la salvación del género humano, hay que proclamarlo y difundirlo hasta las extremidades de la tierra (Act 1, 8), comenzando por Jerusalén (cf. Lc 24, 47), de suerte que lo que se ha efectuado una vez para la salvación de todos consiga su efecto en todos a lo largo de la sucesión de los tiempos»<sup>32</sup>. Las consideraciones del Papa en su Encíclica *Redemptor hominis* profundizan y explicitan —aplicándolas a nuestros días—, como hemos visto, las virtualidades contenidas en la enseñanza conciliar.

El magisterio del Concilio será también el núcleo inspirador de la reflexión de Juan Pablo II sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. «Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra (cf. Io 17, 4), fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran tener acceso al Padre en un mismo Espíritu (cf. Eph 2, 18)»<sup>33</sup>. «Para conseguir esto [la perennidad de la obra salvífica] envió Cristo al Espíritu Santo de parte del Padre, para que realizara interiormente su obra salutífera e impulsara a la Iglesia a su propia dilatación»<sup>34</sup>.

En continuidad con estas enseñanzas conciliares, el Papa mostrará cómo el Espíritu Santo es el dador de vida, aquél en el que el inescrutable Dios Uno y Trino se comunica a los hombres, principio vital de la Iglesia, en la cual actúa conjuntamente con Cristo, fuente suprema de la unidad y fuerza dinámica de la renovación de la Iglesia. La finalidad de la Encíclica *Dominum et vivificantem* será «desarrollar en la Iglesia la conciencia de que en ella el Espíritu Santo la impulsa a cooperar para que se cumpla el designio de Dios, quien constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo»<sup>35</sup>.

---

32. *Ad gentes*, 3.

33. *Lumen gentium*, 4.

34. *Ad gentes*, 4.

35. DV, 2; cfr. *Lumen gentium*, 17.

¿Cuál es el influjo y la actividad de la tercera Persona en la Iglesia?

Ante todo, el Espíritu enviado por Cristo sostiene toda la actividad de la Iglesia y la unifica; es comunicado *constantemente*, su venida perdura siempre<sup>36</sup>. De este modo, continúa por medio de la Iglesia la obra de la salvación realizada por Jesús<sup>37</sup>.

Como Espíritu de la Verdad, el Espíritu Santo está presente en la Iglesia como Maestro. De una parte, inspira la predicación, pero también ayuda a comprender la doctrina de Cristo, y asegura la continuidad e identidad de comprensión. Hace que en la Iglesia perdure siempre la misma verdad que los Apóstoles oyeron del Maestro<sup>38</sup>. El Papa recuerda que los Apóstoles permanecían particularmente unidos al Espíritu Santo. Su testimonio, ocular e histórico, humano, encuentra apoyo en el testimonio del Espíritu Santo que garantiza su fiel transmisión. Y, a su vez, en el testimonio apostólico se halla la garantía de su expresión humana en la Iglesia y en la historia de la humanidad: «Entre el Espíritu Santo y Cristo subsiste, pues, en la economía de la salvación una relación íntima por la cual el Espíritu actúa en la historia del hombre como 'otro Paráclito', asegurando de modo permanente la transmisión y la irradiación de la Buena Nueva revelada por Jesús de Nazaret. Por eso, resplandece la gloria de Cristo en el Espíritu Santo-Paráclito, que en el misterio y en la actividad de la Iglesia continúa incesantemente la presencia histórica del Redentor sobre la tierra y su obra salvífica, como los atestiguan las siguientes palabras de Juan: 'El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros' (Jn 16, 14). Con estas palabras se confirma una vez más todo lo que han dicho los enunciados anteriores. 'Enseñará..., recordará..., dará testimonio'. La suprema y completa autorrevelación de Dios, que se ha realizado en Cristo, atestiguada por la predicación de los apóstoles, sigue manifestándose en la Igle-

---

36. Cfr. RH, 18.

37. Cfr. DV, 3.

38. Cfr. *ibidem*, 4.

sia mediante la misión del Paráclito invisible, el Espíritu de la verdad»<sup>39</sup>.

Con la partida de Cristo y el envío de Pentecostés se realiza definitivamente el *nuevo inicio* de la comunicación de Dios Uno y Trino en el Espíritu Santo: «A costa de la Cruz redentora y por la fuerza de todo el misterio pascual de Jesucristo, el Espíritu Santo viene para quedarse *desde el día de Pentecostés* con los apóstoles, para estar con la Iglesia y en la Iglesia y, por medio de ella, en el mundo»<sup>40</sup>.

Jesús se manifiesta como el que trae el Espíritu, como el que debe llevarlo y darlo a los Apóstoles y a la Iglesia a costa de su partida a través de la Cruz. Después de la «partida» de Cristo-Hijo, el Espíritu Santo viene a completar la obra del Hijo<sup>41</sup>. De este modo, la Iglesia nace con la venida del Espíritu sobre los Apóstoles<sup>42</sup>. Con la venida del Espíritu Santo comenzó y continúa la «era de la Iglesia» y de la evangelización apostólica, que sigue siendo realizada a través de la actuación del Paráclito en todos sus miembros, Pastores y fieles<sup>43</sup>.

39. *Ibidem*, 7.

40. *Ibidem*, 4.

41. «Procediendo del Padre, el Espíritu Santo es enviado por el Padre. El Espíritu Santo ha sido enviado *antes como don para el Hijo* que se ha hecho hombre, para cumplir las profecías mesiánicas. Según el texto joánico, después de la 'partida' de Cristo-Hijo, el Espíritu Santo *'vendrá' directamente* —es su nueva misión— a completar la obra del Hijo. Así llevará a término la nueva era de la historia de la salvación» (*ibidem*, 22).

42. «En realidad la Iglesia nació también en la historia de la humanidad mediante la venida del Espíritu Santo. Nació el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles para protegerlos de sus debilidades y, al mismo tiempo, de la contradicción que ocasionaría el mensaje evangélico: la verdad sobre Cristo crucificado y resucitado» (*Hom.* en la concelebración eucarística de clausura de la II Asamblea General del Sínodo Extraordinario de los Obispos, 8.XII.1985, n. 1).

43. «La era de la Iglesia empezó con la 'venida', es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén junto con María, la Madre del Señor (...) Estos, con la venida del Espíritu Santo, se sintieron idóneos para realizar la misión que se les había confiado. Se sintieron llenos de fortaleza. Precisamente esto obró en ellos el Espíritu Santo, y lo sigue obrando continuamente en la Iglesia mediante sus sucesores. Pues la gracia del Espíritu Santo, que los apóstoles dieron a sus colaboradores con la imposición de las manos, sigue siendo transmitida en la ordenación episcopal. Luego los Obispos, con el sacramento del Orden hacen partícipes de este don espiritual a los ministros sagrados y proveen a que, mediante el sacramento de la Confirmación, sean corroborados

El Espíritu Santo custodia el Evangelio de Jesucristo «principio de toda la vida para la Iglesia»<sup>44</sup>, hace que Cristo esté siempre con su Iglesia, y también el Padre por medio del Hijo<sup>45</sup>. Juan Pablo II describe la presencia sacramental de Jesucristo en la Iglesia a través de la acción del Paráclito como una «nueva venida» del Señor que anticipa, en cierto modo, su retorno del fin de los tiempos.

«Acercándose al final del segundo milenio, que a todos debe recordar y hacer presente de nuevo la venida del Verbo en la plenitud de los tiempos, la Iglesia, una vez más, trata de penetrar en la esencia misma de su *constitución divino-humana* y de aquella misión que la hace participar en la misión mesiánica de Cristo, según la enseñanza y el plan siempre válido del Concilio Vaticano II. Siguiendo esta línea, podemos remontarnos al Cenáculo donde Jesucristo revela el Espíritu Santo como Paráclito, como Espíritu de la verdad, y habla de su propia 'partida' mediante la Cruz como condición necesaria para su 'venida': 'Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré'. Hemos visto que este anuncio ha tenido ya su primera realización la tarde del día de Pascua y luego durante la celebración de Pentecostés en Jerusalén, y que desde entonces se verifica en la historia de la humanidad a través de la Iglesia. A la luz de este anuncio adquiere igualmente pleno significado *lo que Jesús*, durante la última Cena, dice a propósito de su nueva 'venida'. En efecto, es significativo que en el mismo discurso de despedida, anuncie no sólo su 'partida', sino también su nueva 'venida'. (...) Esta nueva 'venida' de Cristo, este continuo venir para estar con los apóstoles y con la Iglesia, este 'yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo', ciertamente no cambia el hecho de su 'partida'; le sigue a ésa tras la conclusión de la actividad mesiánica de Cristo en la tierra, y tiene lugar en el marco del *preanunciado envió del Espíritu Santo* y, por así decir, se encuadra dentro de su misma misión. Y sin embargo se cum-

---

dos por él todos los renacidos por el agua y por el Espíritu; así, en cierto modo, se perpetúa en la Iglesia la gracia de Pentecostés» (DV, 25).

44. *Lumen gentium*, 20.

45. «El Espíritu Santo que manda el Padre en nombre del Hijo custodia a la manera divina la misma doctrina y su misma enseñanza. El Espíritu enseña a la Iglesia de modo invisible y conserva en la memoria y en la enseñanza de la Iglesia todo lo que Cristo transmitió a los hombres de parte del Padre. (...) El Espíritu Santo, custodiando esta enseñanza en la inteligencia y el corazón de los discípulos, hace que Cristo esté siempre con su Iglesia. Y el Padre está siempre con ella por medio de Cristo» (*Hom. en la parroquia de Santa Mónica (Ostia)*, 8.V.1983).

ple por obra del Espíritu Santo, el cual hace que Cristo, que se ha ido, venga ahora y siempre de un modo nuevo. Esta nueva venida de Cristo por obra del Espíritu Santo y su constante presencia y acción en la vida espiritual, se realizan en la realidad sacramental. En ella Cristo, que se ha ido en su humanidad visible, viene, está presente y actúa en la Iglesia de una manera tan íntima que la constituye como Cuerpo suyo. En cuanto tal, la Iglesia vive, actúa y crece 'hasta el fin del mundo'. Todo esto acontece por obra del Espíritu Santo»<sup>46</sup>.

El Papa descubre un estrecho vínculo entre la muerte y resurrección de Jesús y la venida del Espíritu en Pentecostés<sup>47</sup>. Ya entonces reciben los Apóstoles el Espíritu Santo y se inicia aquél «pentecostés» que cincuenta días más tarde se realiza en plenitud, manifestándose visiblemente la Iglesia al mundo<sup>48</sup>. «La Iglesia comenzó en su Costado abierto en la Cruz. El día de Pentecostés la Iglesia se reveló al mundo y comenzó a existir como comunidad universal del Pueblo de Dios»<sup>49</sup>.

La venida del Espíritu del Padre y del Hijo en Pentecostés hace que la Iglesia exista como comunidad universal del Pueblo de Dios, «para renovar la faz de la tierra». Y existe precisamente a partir del misterio pascual de Cristo y de la venida del Espíritu<sup>50</sup>.

46. DV, 61.

47. «La liturgia de Pentecostés nos lleva al Cenáculo el día de la resurrección, porque este día —ya este día!— fue dado el Espíritu Santo a los Apóstoles. Ya este día comenzó Pentecostés. Cristo entró estando las puertas cerradas, saludó a los Apóstoles (...), les mostró los signos de su pasión en las manos, pies y costado, y finalmente dijo: 'Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos' (Jn 20, 22-23). Los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, para acoger con su fuerza la misión redentora y salvífica de Cristo: 'Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo' (Jn 20, 21)» (Hom. de Pentecostés, 10.VI.1984).

48. «Así pues, ya entonces recibieron el Espíritu Santo. Ya entonces se inició Pentecostés, aquel Pentecostés que, cincuenta días después, habría llegado a su plena manifestación; y esto fue necesario para que pudiera madurar en ellos y revelarse hacia fuera lo que había sucedido, cuando oyeron: «Recibid el Espíritu Santo...», a fin de que pudiera nacer la Iglesia. Nacer quiere decir salir al mundo y, por este hecho, hacerse visible entre los hombres. Precisamente en el día de Pentecostés la Iglesia salió al mundo y se hizo visible en medio de los hombres» (Hom. en la Misa conmemorativa del Concilio Constantinopolitano I, 7.VI.1981).

49. Hom. de Pentecostés, 10.VI.1984.

50. «¡Señor, envía tu Espíritu, y renueva la faz de la tierra!» Y repetimos estas palabras, reuniéndonos en el Cenáculo de Pentecostés: efectivamente, allí el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, reunidos con la madre de Cristo, y allí nació la Iglesia para servir a la renovación de la faz de la tierra» (Hom. en la clausura del XX Congreso Eucarístico nacional de Italia en Milán, 22.V.1982).

Es en el misterio pascual de Cristo cuando se realiza la donación del Espíritu Santo a la Iglesia y cuando también Cristo *entregó los Apóstoles al Espíritu Santo* <sup>51</sup>.

A lo largo de su peregrinar terreno *la Iglesia* recibe el mismo Don y *permanece en la entrega al Espíritu Santo* <sup>52</sup>: «Nosotros mismos permanecemos en esa entrega al Espíritu Santo que constituyó la Iglesia y continuamente la constituye sobre los mismos fundamentos. Permanecemos, pues, en esta entrega al Espíritu Santo, mediante el cual somos la Iglesia, y mediante el cual somos enviados, como fueron enviados desde el Cenáculo los primeros apóstoles y la naciente Iglesia jerosolimitana» <sup>53</sup>.

Y así crece la Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo: es recreada continuamente como Cuerpo de Cristo, en una pluriforme diversidad unificada por el Espíritu Santo, principio de unidad, especialmente a través del sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo <sup>54</sup>. Porque la presencia eucarística de Cristo, esa forma sa-

---

51. «*El les dio el Espíritu Santo, que es Señor y da vida (...) Jesús les dio el Espíritu Santo, diciendo: 'Recibid'. Pero, más aún, ¿no ha dado quizás, no ha confiado a ellos mismos al Espíritu Santo? ¿Puede el hombre 'recibir' al Dios vivo y poseerlo como 'propio'? Entonces Cristo entregó los Apóstoles, aquellos que eran el comienzo del nuevo Pueblo de Dios y el fundamento de su Iglesia, al Espíritu que el Padre debía mandar en su nombre (...) los entregó al Espíritu para que a su vez lo recibieran como el Don; Don obtenido del Padre por obra del Mesías*» (Hom. en la Misa conmemorativa del Concilio Constantinopolitano I, 7.VI.1981).

52. «*Nosotros recibimos el mismo Don! 'Recibid el Espíritu Santo' (Jn 20, 22). Recibimos el mismo Don, es decir, entregamos nosotros mismos, la Iglesia al mismo Espíritu Santo, al cual de una vez para siempre fue entregada ya la tarde del día de la resurrección y después en la mañana de la fiesta de Pentecostés. Es más, permanecemos en esa entrega al Espíritu Santo, que Cristo entonces hizo 'mostrándoles las manos y el costado' (cfr. Jn 20, 20), las señales de su pasión, antes de decirles: 'Como me envió mi Padre, así os envió yo' (Jn 20, 21)*» (Hom. en la Misa conmemorativa del Concilio Constantinopolitano I, 7.VI.1981); «*Sólo con su poder, con la fuerza del Espíritu Santo, que es el Señor y da la vida, nosotros somos la Iglesia misma, Iglesia en la que 'hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad' (1 Cor 12, 4-7)*» (*ibidem*).

53. Hom. en la Misa conmemorativa del Concilio Constantinopolitano I, 7.VI.1981.

54. «*Y, así, bajo el soplo del Espíritu Santo, comenzando desde el Pentecostés de Jerusalén, crece la Iglesia. En ella hay diversidad 'de carismas', y diversidad 'de ministerios', y diversidad 'de operaciones', pero 'uno solo es el Espíritu', pero 'uno solo es el Señor', pero 'uno solo es Dios', 'que obra todo en todos' (1 Cor 12, 4-6).*

cramental de estar con los hombres, hace posible que la Iglesia a su vez sea sacramento para la humanidad entera. «Como sacramento, la Iglesia se desarrolla desde el misterio pascual de la ‘partida’ de Cristo, viviendo de su ‘venida’ siempre nueva por obra del Espíritu Santo, dentro de la misma misión del Paráclito-Espíritu de la verdad. Este es precisamente el misterio esencial de la Iglesia como proclama el Concilio»<sup>55</sup>.

El Papa, en síntesis, ve en el misterio de la Iglesia la plasmación admirable de la *condescendencia* de la Trinidad con el hombre. Dios que se acerca al mundo visible, que se comunica por el Hijo en el Espíritu Santo. Bajo la acción del mismo Espíritu el hombre y el mundo se acercan a su destino definitivo en Dios. La Iglesia es el sacramento de este «acercamiento», el signo e instrumento<sup>56</sup>.

La fuerza de la Redención, por tanto, se despliega en la historia del hombre según un doble *ritmo*, originado en Dios Padre: el de la misión del Hijo y el de la misión del Espíritu Santo. El Papa expresa esta dinámica de la «partida-venida» de Jesucristo como acontecimiento sacramental obrado por el Espíritu Santo:

«Por medio de la ‘partida’ del Hijo, el Espíritu ha venido y viene constantemente como Paráclito y Espíritu de la verdad. Y en el ámbito de su misión, casi como en la intimidad de la presencia invisible del Espíritu, el Hijo, que ‘se había ido’ a través del misterio pascual, ‘viene’

---

En cada hombre, en cada comunidad humana, en cada país, lengua y nación, en cada generación, la Iglesia es concebida de nuevo y de nuevo crece. Y *crece como cuerpo*, porque, como el cuerpo une en uno muchos miembros, muchos órganos, muchas células, así la Iglesia une *en uno con Cristo* muchos hombres. La multiplicidad se manifiesta, por obra del Espíritu santo, en la unidad, y la unidad contiene en sí la multiplicidad: ‘Todos nosotros... hemos sido bautizados en *un mismo Espíritu* para formar un solo Cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu’ (1 Cor 12, 13). *En la base* de esta unidad espiritual que nace y se manifiesta cada día siempre de nuevo, *está el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre*, el gran memorial de la cruz y de la resurrección, el Signo de la Nueva y eterna Alianza, que *Cristo mismo* ha puesto en las manos de los Apóstoles y ha colocado como fundamento de su misión. En la potencia del Espíritu Santo se construye la Iglesia *como Cuerpo mediante el Sacramento del Cuerpo*. En la potencia del Espíritu Santo se construye la Iglesia *como pueblo* de la Nueva Alianza *mediante la Sangre de la nueva y eterna Alianza*» (Hom. en la clausura del XX Congreso Eucarístico nacional de Italia en Milán, 22.V.1982).

55. DV, 63.

56. Cfr. *ibidem*, 64.





y está continuamente presente en el misterio de la Iglesia, ocultándose o manifestándose en su historia y dirigiendo siempre su curso. Todo esto tiene lugar sacramentalmente por obra del Espíritu Santo, el cual, tomando de las riquezas de la Redención de Cristo, da la vida continuamente. La Iglesia, al tomar conciencia cada vez más viva de este misterio, se ve mejor a sí misma sobre todo como sacramento»<sup>57</sup>.

Ese doble ritmo se concreta y aúna en la celebración de los sacramentos: en ellos la Iglesia realiza su ministerio salvífico; es decir, se actualiza la 'partida'-'venida' de Cristo por su Espíritu. Los sacramentos «*significan la vida y dan la vida*. La Iglesia es la *dispensadora visible* de los signos sagrados, mientras el Espíritu Santo actúa en ellos como *dispensador invisible* de la vida que significan. Junto con el Espíritu está y actúa en ellos Cristo Jesús»<sup>58</sup>.

De este modo, la Iglesia es sacramento de la unión íntima con Dios en Jesucristo por obra del Espíritu Santo. Y lo es porque ella es signo e instrumento de la presencia y de la acción del Espíritu vivificante<sup>59</sup>. El dinamismo trinitario actuado en la Iglesia hace posible que todo el Pueblo de Dios aparezca «reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (S. Cipriano).

J. R. Villar  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA

---

57. DV, 63.

58. *Ibidem*, 63.

59. Cfr. *ibidem*, 64.